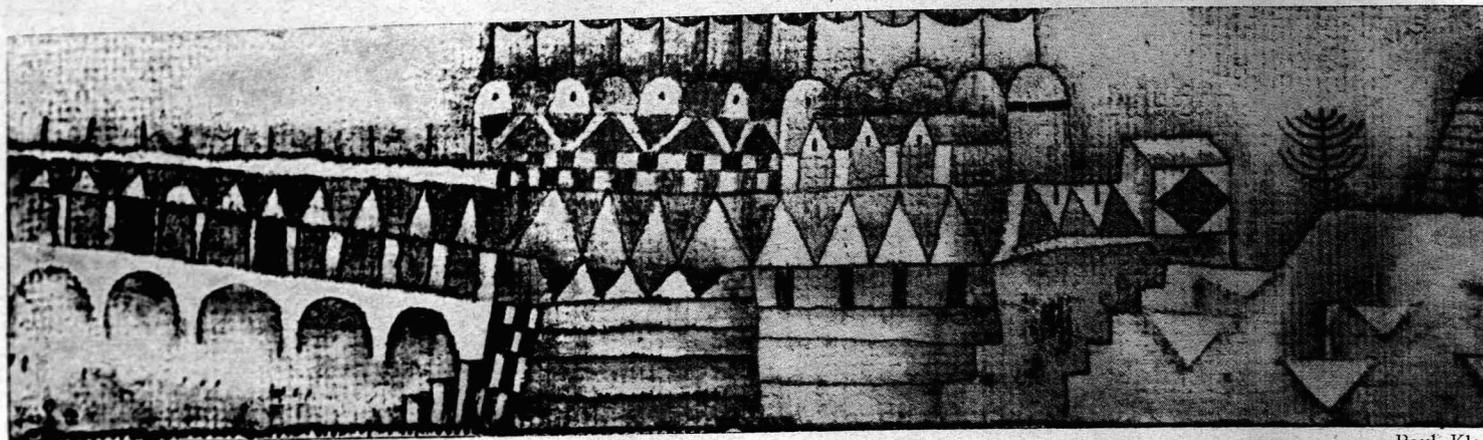


El devenir del hombre y la utopía

Por Igor A. CARUSO



"la utopía es algo específicamente humano"

—Paul Klee

En algunos países africanos parece haber surgido una resistencia contra la palabra impresa por el hecho de que el pretendido "primitivo" tiene la sensación, perfectamente comprensible, de que ha de experimentar una pérdida irreparable con la desaparición de la tradición oral y del aprendizaje de memoria. Experimentan algo así como un sentimiento de despersonalización. Efectivamente las bibliotecas son máquinas: sabemos muy pocas cosas de memoria; echamos mano constantemente de las obras de consulta y de los diccionarios. En cierto sentido, pues, puede decirse que Gutenberg ha despersonalizado el mundo y no han faltado en verdad espíritus delicados que deploran el descenso del nivel cultural que provocaría la aparición de la imprenta. Estos espíritus delicados pueden tener cierta razón, en la medida en que quizás el 99% de lo impreso es algo superfluo, cuando no dañino. Y, sin embargo, es evidente que estos fenómenos de despersonalización son comparables a los "ruidos parásitos" de la cibernética, manifestaciones concomitantes al aumento de información.

Tropezamos aquí con la máquina considerada como objeto total, "en sí", como objeto alienado del hombre. Pero los instrumentos humanos no son sino la prolongación y objetivación de su esquema corporal. Lo propio del instrumento, de la técnica, es promover lo que he propuesto llamar la personalización progresiva, esto es, el proceso de hominización, de la transmutación de la naturaleza en cultura, del objeto en conciencia, de la "historia natural" en historia sin más. No son los instrumentos ni la técnica los que despersonalizan al hombre, sino el uso que secundariamente puede hacer de ellos el espíritu alienado. Considerando los instrumentos como objetos autónomos no hacemos sino realizar en nosotros mismos esa enajenación que se trataba de superar.

El problema real, pues, se centra en el hombre, en su devenir. ¿Qué va a ser del hombre con cerebros electrónicos, con cohetes espaciales, del hombre en medio de una cantidad de información que aumenta geométricamente y, por qué no, del hombre bajo el influjo de esos "ruidos parásitos" en aumento por el incremento de la propia información?

El Dr. R. Schindler, en una de las discusiones de nuestro Circulo Vienés de Psicología Profunda, afirmaba que hay un grupo cada vez más minoritario de gentes que se encuentra escépticamente a la defensiva frente a la utopía, mientras el grupo cada vez más mayoritario se entrega a la experimentación más utópica incontrolada con verdadero placer. Si esto es efectivamente, así tanto la posición de los unos como la de los otros ha de ser forzosamente muy ambivalente, sólo que los mecanismos de defensa de uno de los grupos marchan en un sentido regresivo y conservador, mientras que los de los otros van en el sentido de una huida hacia adelante. Pero ambos grupos sienten angustia.

La utopía, en efecto, es una fuga, una elusión; pero no lo es menos el rehusar enfrentarse con la utopía. Alguien dijo que el hombre es el único animal que evita la realidad mediante su conciencia. Y puede evitarla retrocediendo, movido por la angustia que le provocan las regiones que se abren ante él: la angustia del reaccionario, del conservador. Pero el hombre puede también huir hacia adelante, porque sabe que el presente no va a permanecer y además porque se ve forzado a comprobar que el presente es indigno de él, del hombre. Concedo, pues, sin reservas, que también el utópico es un hombre que huye, un

"fugitivo". Algunos pensadores han llamado con razón la atención sobre el hecho de que la utopía puede ser también una reificación del ideal, una mistificación mediante la cual el hombre evita tomar conciencia del presente y pretende inútilmente saltar por encima de él. Evidentemente tendríamos que ponernos de acuerdo sobre el significado del término "utopía". Hay "malas" utopías, utopías mistificadoras, por una parte; pero por otra parte la utopía es algo específicamente humano. El hombre, en efecto, es el único animal que es capaz de concebir el límite como límite y que, por lo mismo, se pregunta incesantemente y de manera inevitable por lo que queda más allá de todo límite dado. La abertura de su mundo condiciona su pensar utópico —y lo exige. Al reconocer el límite como límite, pone toda frontera dada en tela de juicio y tiende a traspasarla. La modificación del mundo, la humanización del mundo alienado del hombre es para él una tarea histórica sin escape.

Pero la utopía es, como todo lo humano, ambivalente. Por eso yo añadiría: debemos ser utópicos con conciencia crítica. La utopía debe elaborarse críticamente: *las motivaciones del pensar utópico tanto como las posibilidades de su realización deben ser criticadas incesantemente y en detalle*. Esta actitud constructivamente crítica frente a la utopía no significa, sin embargo, y menos en la crisis histórica que padecemos, que debamos dejar de pensar en el futuro por miedo a lo que pueda sobrevenir.

La utopía, entendida en este sentido crítico, no tiene nada que ver con la supersticiosa creencia en un progreso automático. Personalmente no veo motivo alguno para un optimismo a corto plazo. Soy optimista histórico en la medida en que me veo forzado a reconocer que el hombre, la humanidad concreta, o bien perece a manos de su propia locura, o buscará la realización de un futuro razonable y digno del hombre, sencillamente porque no le queda otra salida. Nota bene: el hombre como especie puede suicidarse, el peligro nunca fue tan grande como ahora. Pero si no se suicida, se verá sencillamente forzado a responder a la infinita serie de preguntas que él mismo se ha planteado y a responderlas en la *praxis* concreta. Tal es el fundamento y el sentido de mi optimismo histórico. Con todo, para la época histórica de transición, soy mucho menos optimista. Incluso estoy convencido de que nuestros hijos han nacido para la desdicha y la miseria. Sus padres, como nuestros padres, han pecado demasiado a menudo contra la vocación del hombre; el hombre comprende demasiado poco todavía que él es el creador de su futuro, de su propio mundo. Nuestros hijos, de esto estoy desgraciadamente convencido, no podrán todavía realizar el "salto del reino de la necesidad al reino de la libertad".

Las utopías han suscitado siempre la misma reacción ambivalente. Y sin embargo la realidad acaba superando todas las expectativas, particularmente en el terreno tecnológico. Basta asistir a un coloquio científico, o al menos inteligente, sobre los efectos presumibles de un nuevo descubrimiento o incluso sobre la simple posibilidad de un tal descubrimiento; no faltará quien dude de los resultados o incluso de la realización de tal descubrimiento y hasta quien lo declare imposible. Pues bien, en tales casos se puede hacer tranquilamente una apuesta: se puede apostar que en el lapso de un cierto tiempo, generalmente más corto del calculado, los resultados del descubrimiento desborden todas las expectativas o que el descubrimiento mismo, de cuya posibilidad se dudaba, no se hará esperar mucho tiempo.

Hace más de cien años se intentó probar que el descubrimiento del ferrocarril no tenía porvenir alguno, porque la velocidad alcanzada entonces de 20 kilómetros por hora sería enormemente peligrosa para el hombre. En su tiempo hubo también especialistas que pronosticaron que el vuelo en avión se quedaría en un deporte caro. Yo mismo tuve que dar una conferencia ante un forum científico hace doce años sobre los viajes espaciales entonces en proyecto, conferencia en la que un interlocutor, que por desgracia era astrónomo, demostró al público que el envío de un satélite artificial desde la tierra era sencillamente imposible según las leyes de la mecánica.

Pues bien, hoy en día todo el mundo viaja en ferrocarril y muchos en avión; comienzan ya los vuelos espaciales y se tardará poco en visitar la luna; y existen las sedicentes "máquinas pensantes". Las objeciones contra los nuevos adelantos cambian con ellos. Las naves espaciales, se nos dice, se tragan miles de millones que podrían encontrar mejor empleo en la tierra. La máquina cibernética, se objeta, no piensa como el hombre, aunque sus cálculos sean más acertados. Esto no demuestra otra cosa sino que la evolución, tanto en la naturaleza como en la historia, no es nunca rectilínea. Pero una evolución auténtica no puede ser de otra manera, porque no habría evolución si no hubiera al mismo tiempo retrocesos, resistencias y contradicciones. La evolución, en la naturaleza como en la historia, no surge por una simple amplificación de los fenómenos, sino mediante mutaciones que producen nuevas homologías de los fenómenos anteriores. Ícaro soñaba con volar hasta el sol con grandes alas de pájaro; el hombre actual vuela más seguro, rápido y cómodo que el pájaro, gracias a un mecanismo basado en principios muy distintos a los del vuelo de las aves. Y se atreve a volar hacia las estrellas, pero de manera distinta a como lo pensó Ícaro. Y delega igualmente una parte de su pensamiento en la máquina; este pensamiento quizás sea distinto, por más que la discusión sobre ello en la teoría de la información y en la cibernética no haya concluido todavía. Es cierto también que el hombre, como esos africanos que mencioné, pierden ciertas capacidades al delegar su pensamiento y quizás también aumenten los "ruidos parásitos" en el canal de información y con ello la entropía.

No obstante, podemos asegurar que, en la medida en que la vida es una organización autorregulada, en la medida en que el hombre lo es al máximo y en la medida en que el hombre ha logrado crear sistemas de organización autorregulados, con todo ello se ha logrado superar (*aufheben*) el segundo principio de la termodinámica como ley universal de las transformaciones energéticas. El autocontrol por retroacción de la información supera necesariamente el aumento de entropía; en otras palabras, el hombre abre continuamente nuevas formas de energía. Esta energía se organiza en nuevas formas y actúa contra el principio de muerte. Hay un cierto pesimismo cultural que considera la entropía concomitante de una manera demasiado unilateral, sin tomar suficientemente en cuenta el aumento progresivo de la entropía negativa. Un pequeño ejemplo inofensivo nos introducirá en esta problemática: el estado de cuentas de cualquier cliente de banco puede ser comprobado en pocos segundos mediante una máquina. Este ahorro de tiempo libera energías, no sólo en el cliente, sino en el empleado. Ahora bien, el empleo que se haga de estas energías es ya una cuestión social.

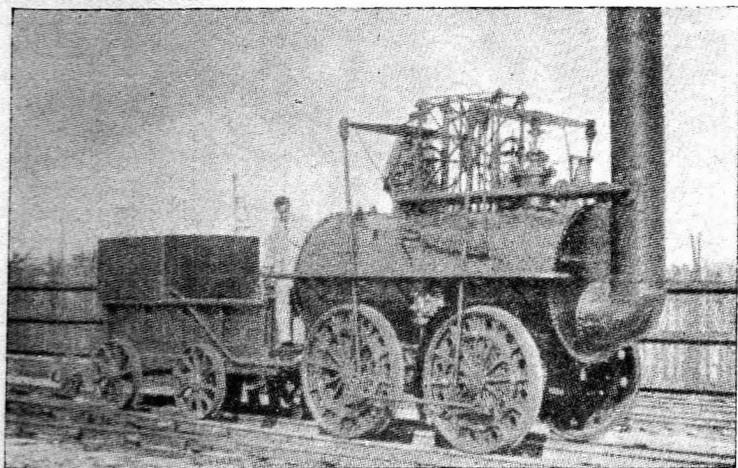
La cuestión no está en saber hasta qué punto el curso de la evolución es acertado o progresivo en una determinada dirección, ni qué resultados produce, ni siquiera qué peligros trae

consigo. Todas estas cuestiones son de la máxima importancia, pero no lo son sino en función de una cuestión central. Esta cuestión central es la del devenir del hombre. Esta cuestión pudo ser planteada ya en el tiempo de la invención del fuego o en el momento del descubrimiento de la rueda. El fuego es peligroso y Prometeo fue castigado sin piedad por los dioses, porque trajo a los hombres el fuego del cielo. La cuestión verdaderamente humana reza así: ¿Qué va a ser del hombre productor de fuego? ¿Qué va a ser del hombre impresor y lector? ¿Qué va a ser del hombre que viaja en ferrocarril o que vuela en aeroplano? ¿Qué va a ser del hombre en la era atómica, en la era de los vuelos espaciales? ¿Qué va a ser del hombre dotado de medios artificiales de pensamiento, dotado de órganos artificiales, quizá con un cerebro artificial? O mejor aún: ¿Qué es el hombre pura y simplemente como ser evolutivo, esto es, como ser para el que no existen fronteras definitivas?

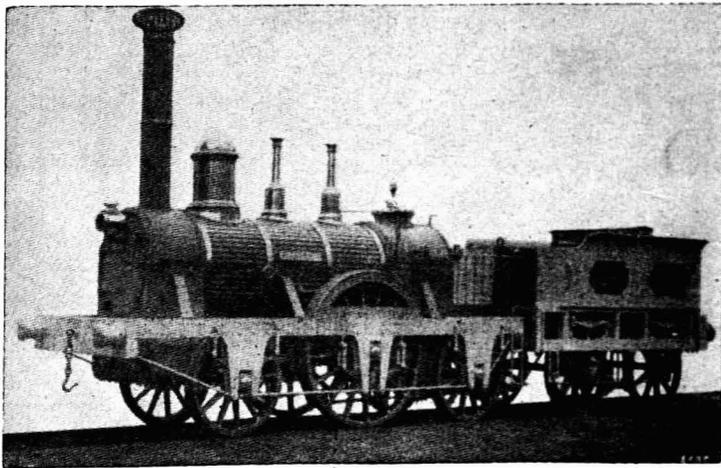
El hecho de la evolución, cien años después de Karl Marx y de Charles Darwin y cincuenta después de Sigmund Freud, tras mucha resistencia se ha convertido, a pesar de todo, en bien común de la ciencia. Ahora la resistencia contra la evolución se atrincheró tras un pensamiento muy curioso. Una muestra de ese pensamiento la oímos el pasado otoño en la Universidad de Viena cuando el profesor Metz intentó criticar el pensamiento utópico de Ernest Bloch, que le había precedido en el uso de la palabra. Se admitió que el hombre sea el artesano de su futuro, se admitió que el hombre debe mirar "hacia adelante" y no "hacia arriba". Aparentemente, pues, se admitió el pensar evolutivo, pero sólo aparentemente, porque entonces el profesor Metz vino a decir: las tareas del hombre son semejantes a un Himalaya y ahí hay mucho que hacer, toda una montaña ingente de tareas; pero cuando estas tareas hayan sido realizadas, cuando la montaña haya sido aplanada, entonces ¿qué? Entonces, el hombre se aburrirá y tendrá forzosamente que mirar "hacia arriba". Todas las comparaciones cojean, pero ésta es especialmente falaz. El futuro del hombre no puede jamás ser comparado a una montaña. La montaña es algo estático, algo a lo que el hombre accede desde fuera. Pero las tareas del hombre crecen con el hombre; las tareas del hombre son el hombre mismo y no cesarán mientras el hombre exista. Tras la montaña aplanada se agolpan más altos Himalayas: el hombre debe siempre mirar "hacia adelante".

Hay algo más que decir aún a propósito de este problema central que probablemente parezca al principio poco esclarecedor. Puesto que todos los problemas en torno al hombre nos remiten a su esencia evolutiva y nos ponen en guardia para no enajenar sus posibilidades de desarrollo, surge aquí la cuestión de la superación (*Aufhebung*) de las fuerzas alienantes que actúan en la naturaleza y en la historia. Mientras se exija del hombre que se concentre en lo extrahumano, so pretexto de que su futuro sería algo secundario, dependiente de lo extrahumano, se niega por anticipado al hombre el crédito y la confianza que necesita para acometer su construcción. En todo caso se le aterroriza, sea en nombre de Dios, de la moral, de la sociedad, de la máquina, del peligro material o de cualquier otro mediador. El hombre aún no emancipado necesita mediadores tanto para con la naturaleza como para con la historia; estos mediadores pueden ser infrahumanos o suprahumanos, pero aunque todos sean más o menos antropomorfos, siguen siendo algo extrahumano, cuya función es no dejar al hombre sólo con los otros hombres. Esta mediación ha sido de tal manera incorporada a nuestro ser, que se ha vuelto —ella y no la utopía humana— el cáncer del hombre.

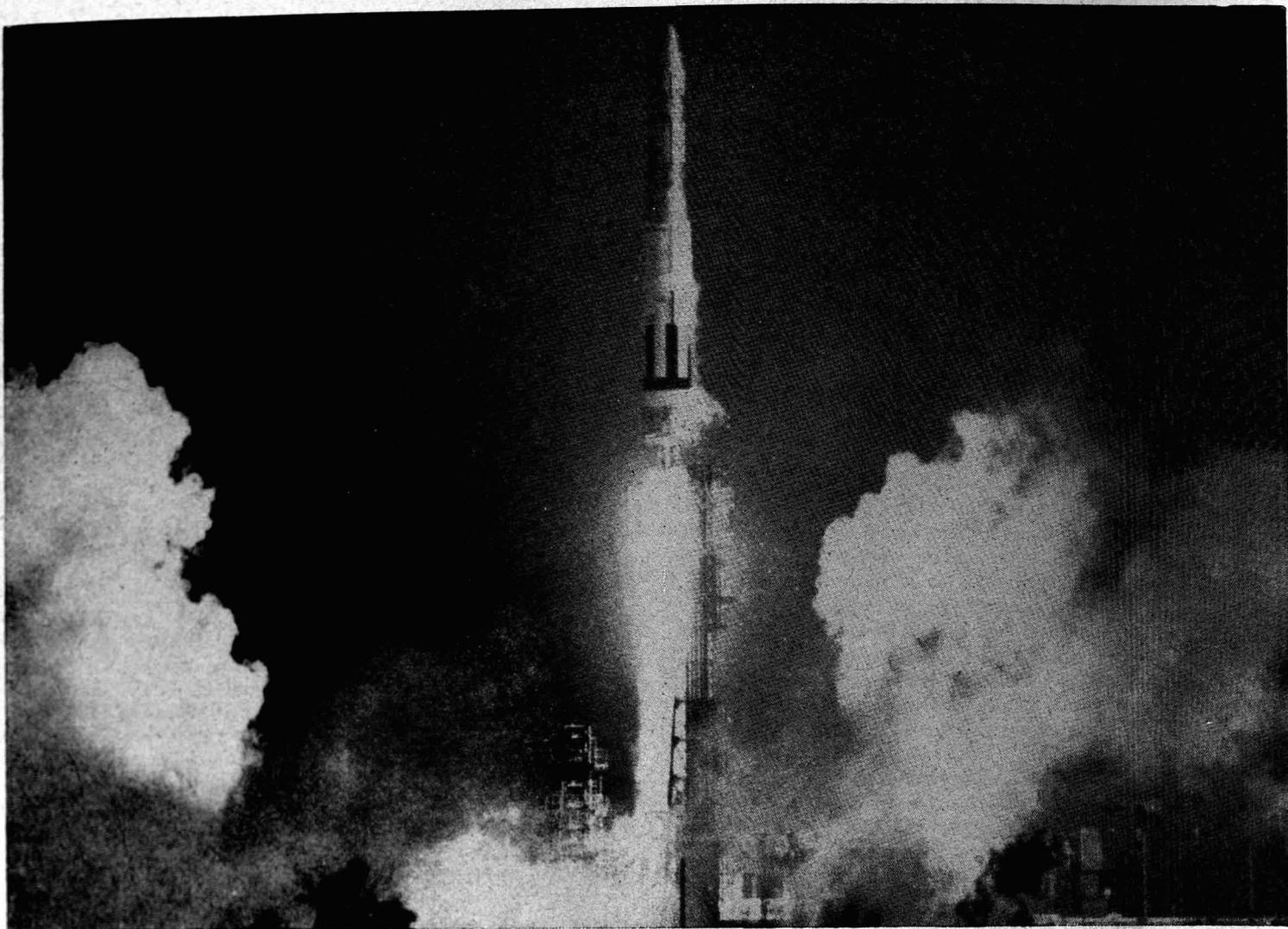
Cualquiera que hoy día aspire a obtener un puesto dentro de nuestra organización social tiene que escribir y presentar un



"velocidad peligrosa para el hombre"



"descubrimiento sin porvenir"



"¿Que va a ser del hombre en la era de los vuelos espaciales?"

Curriculum vitae. Todo en este *Curriculum vitae* parece absolutamente anónimo e inofensivo: nacido en tal parte y en tal año, estudió en tal instituto y se recibió en tal universidad, etcétera. Esta es la forma oficial del hombre, la máscara que le encasquetan los mediadores, máscara que debe llevar puesta ante estos mediadores y a la que todos estamos desgraciadamente dispuestos a dar crédito. Pero, ¿cómo es realmente la verdadera historia del hombre concreto? Esto lo saben muy bien los psicoanalistas. ¿Es realmente importante en qué fecha y en qué universidad ha sido firmado mi diploma? ¿No es mucho más importante para mi devenir personal el influjo —el influjo secreto— de mis padres sobre mí, las personas en relación con las cuales se ha desarrollado mi vida sexual, los secretísimos deseos y las ocultas esperanzas que alimento de día y que acaso de noche me siguen acosando? *Existe una discrepancia infinita entre la vida social y la vida individual.*

En el curso de mi vida he tenido desgraciadamente que redactar interminables informes e historias clínicas para diferentes jueces de instrucción y comisarios. Puedo asegurar que estos policías entendían más de la alienación del hombre que nuestros buenos burgueses o nuestras sabias autoridades académicas. Porque no se daban por satisfechos con el *Curriculum vitae* oficial, ni mucho menos: querían saber más. Sabían perfectamente *qué es lo que era realmente importante.* Porque lo importante son las debilidades ocultas y la vulnerabilidad del hombre, lo importante son sus esperanzas y prejuicios insensatos, incluso sus hábitos sexuales más secretos: tal era la puerta de acceso por donde pretendía introducirse la maquinaria totalitaria.

Karl Marx soñó con un mundo en que *la vida privada y la vida social fueran absolutamente congruentes entre sí*, un mundo en que cada uno pudiera mostrarse como es realmente, sin inhibición ni vergüenza. Este sueño ha sido una utopía, pero una utopía *positiva*, en el sentido de que el soñador no se contentó con abandonarse a una imagen del deseo, sino que investigó el porqué y el cómo ha sido posible que surgiera esta discrepancia. ¿Cómo es posible que el hombre tenga que negarse a sí mismo para poder vivir entre los hombres?

Con esto volvemos a nuestro problema: ¿Cómo será el hombre en medio de un mundo en evolución y que evoluciona a través y por medio del hombre? ¿Cómo será el hombre en medio de un mundo al que él ha animado y humanizado, con la espe-

ranza inadmisibles de volver sobre sí, de retornar al hombre, con la esperanza de poder ser *auténtico*?

No es fácil para el hombre alcanzar en cada caso la autenticidad, porque quizá no pueda ser nunca idéntico consigo mismo. Su identidad depende, genética y actualmente, de los otros. Y está siempre amenazada.

Si alguna definición pudiera darse del hombre de acuerdo con esta problemática, nosotros propondríamos la siguiente: el hombre es aquel animal que se mueve en la cumbre de la filogenia y que se distingue y se distancia cualitativamente de los otros vivientes en la medida en que se vuelve consciente de sí y del mundo, modifica al mundo y a sí mismo y transforma la historia natural (en la que ya no puede vivir y a la que evita) en historia sin más. El hombre es, por eso mismo, el único ser que conoce la angustia y que, para evitarla, evita la realidad e introduce ideologías en el mundo. En este punto quisiera yo ver una ejecutoria para nosotros los psicoanalistas, que tratamos de comprender y analizar las racionalizaciones y los mecanismos de defensa del hombre. El psicoanalista, lo sabe todo el mundo, debe pasar por un análisis didáctico antes de poder emprender el análisis de los demás. En él se vuelve realidad, si bien en una forma individual y limitada, la consigna de Marx: "El educador debe ser educado". Pero, ¿significa esto que el análisis didáctico, tan a menudo considerado como una especie de consagración y de formalidad mágica, puede bastarnos? No. Yo creo que el psicoanalista no puede cumplir su deber para con la sociedad ni para consigo mismo sino en la medida en que siga siendo un crítico de toda racionalización y de toda ideología. La crítica de las ideologías y del camino individual que conduce a tales ideologías debería ser la tarea por excelencia del psicoanálisis.

Esta crítica debe recaer también sobre los elementos ideológicos de las utopías; pero las utopías deben ser liberadas, no reprimidas. La auténtica utopía es la contrapartida de la entropía y del principio de muerte, y la preparación y el promotor de la historia consciente. El fin último de toda utopía es, en última instancia, la superación (*Aufhebung*) de la muerte. Su criterio de autenticidad es la *praxis*. Porque la utopía refleja los deseos y angustias del hombre, pero es al mismo tiempo un intento de tomar conscientemente en sus propias manos la propia evolución.

(Traducción de Armando Suárez)